

# El peso del mundo, de Peter Handke

Trad. de Nicolás Gelormini, Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2003; 328 pp.; ISBN 978-84-16287-81-9



Jéssica Lenga

Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional Arturo Jaureche, Argentina

*El peso del mundo* es, tal vez, la lectura ideal para adentrarse en la literatura de Peter Handke, aunque no necesariamente se trate de la manera más sencilla. Publicado en 1977, este libro propone a su público un pacto de lectura tan novedoso como desafiante. Clasificar genéricamente a *El peso del mundo* resulta complejo: en principio podría pensarse que se trata de un diario íntimo del autor, escrito en el periodo que va desde noviembre del 75 a marzo del 77. Sin embargo, Handke subvierte los parámetros de un género con una tradición tan sólida y rica como es la escritura de diarios y memorias, en la que, desde Rousseau en adelante, incursionaron los grandes nombres de la literatura. Suele asociarse la escritura de diarios con un estilo confesional y reflexivo: el diario es el ámbito de la meditación y también del repaso minucioso de la experiencia cotidiana: Handke no hace nada de esto. Contrariamente, su diario es un intento por captar el instante y clasificado por él como “crónica inmediata de las percepciones”. Lejos de reflexionar sobre los hechos, lo que el autor se propone es un ejercicio de reacción súbita, espontánea ante las pequeñas sorpresas cotidianas. Así, cualquier cosa puede ser un pretexto que dispare la escritura: el encuentro callejero con un personaje singularmente vestido, el asombro que genera descubrir en el bolsillo algo que se creía perdido hace mucho tiempo, saberse el primero que abre un libro con las páginas aún pegadas, chocarse con una mujer que pasea un perro.

Todas estas escenas, según admite el autor su prólogo, en principio iban a tener un marco narrativo, pero finalmente quedaron aunadas como una colección de fragmentos, que no guardan ningún lazo entre sí, no existen aquí las relaciones de causa y efecto que construyen la narrativa tradicional. No obstante, es justamente esta falta de contexto lo que permite que estos pequeños instantes puedan ser resignificados y se transformen en momentos epifánicos en los que según sostiene el propio autor “ya no se siente la propia historia ni los traumas infantiles sino solo la felicidad de lo que uno es ahora” (Handke, 2003, p. 127).

De la vida de Handke, *El peso del mundo* nos permite conocer muy poco: apenas nos brinda unos pocos datos anecdóticos, que vivía entonces en París, que tenía

una pequeña hija, que pasó un tiempo internado en un hospital debido a una afección coronaria. Pero, para compensar esta supuesta falta, el libro nos otorga un acceso total, radiográfico a la sensibilidad handkeana, nos permite escudriñar en los rincones más íntimos de la mente de su autor, nos revela todas sus obsesiones que reaparecen una y otra vez a lo largo de su literatura.

Porque entre las pinceladas de vida cotidiana que *El peso del mundo* presenta, se inmiscuyen reflexiones sobre la experiencia paterna, el temor a la muerte y la conflictiva relación con la tierra natal. Handke habla a sus lectores sobre su idea del desarraigo como forma de liberación y vía estética y deja al desnudo su radical toma de distancia con respecto a los autores de la generación del 60 y su noción de compromiso; él se reconoce como un sujeto sin origen ni ningún tipo de identificación comunitaria: prefiere concebirse como el artista aislado en su torre de marfil.

También se refiere a cuestiones como la memoria, la identidad y la historia que cobran un lugar protagónico en sus novelas y ensayos. Contra Proust, contra Benjamin y contra todos los autores del diario íntimo, ese género que su obra trata de redefinir, Handke expresa su deseo de no tener memoria, se enfrenta con “la cuidada conciencia burguesa con su deseo de recordar y su autoconsciencia basada en el recuerdo”(Handke, 2003, p.269).

Sin embargo, los fragmentos más ricos son aquellos en los que el autor se concentra en la labor literaria. Es allí donde podemos acceder a la cocina de la literatura de Handke y encontrar una clave de lectura para ingresar luego al resto de su obra. En uno de sus más bellos “fragmentos metaliterarios” Handke dice que en la literatura las cosas atraviesan una metamorfosis gracias a la subjetividad del autor, la escritura convierte crisálidas en mariposas. No podría existir una imagen más perfecta que esta armada por el propio Handke para describir *El peso del mundo*, un libro en el que situaciones auténticas, pero irrelevantes se convierten en imágenes mitológicas gracias al trabajo de un autor que, por medio de la acción del lenguaje, convierte “cosas asquerosamente desprovistas de forma” (Handke, 2003, p.237) en instantes de puro lirismo y belleza poética.